

Periodismo y Literatura: “Los diarios que no se adecuen al periodismo narrativo están condenados a morir”

Por Rossana Viñas y Julieta Messina
Docentes e investigadoras de la Facultad de
Periodismo y Comunicación Social (UNLP).

Tomás Eloy Martínez

Nació en la provincia de Tucumán, Argentina, en 1934. Desde temprano, ganó premios con sus poemas y cuentos, compuso libretos de cine y televisión y fue crítico cinematográfico en el diario *La Nación*. Integró la dirección del semanario *Primera Plana*, antes de dirigir *La Opinión Cultural* y la revista *Panorama*. También formó parte del equipo creador -junto a Osvaldo Soriano y Jorge Lanata, entre otros- del diario *Página/12*. Tiempo después, se hizo cargo de la dirección del suplemento de cultura de ese matutino.

En Buenos Aires, ideó y fue el primer director del noticiero de televisión “Telenoche”. En Venezuela, donde vivió entre 1975 y 1983, fundó *El diario de Caracas*.

Escribió varios guiones para películas, un ensayo sobre cine (Estructuras del cine argentino, 1961) y otro sobre el poeta venezolano José Antonio Ramos Sucre y dirigió durante dos años (1980-1982) el programa más extenso de la televisión venezolana, “Lo de hoy”.

Como novelista suma diversos textos: *Sagrado* (1969), *La pasión según Trelew* (1974), *Lugar común la muerte* (1979), *La novela de Perón* (1985; su obra más conocida y traducida a varios idiomas), *La mano del amo* (1991), *Santa Evita* (1995), *Las Memorias del General*, *El sueño argentino* y *El vuelo de la reina* (Premio Alfaguara 2002).

Hoy, su vida literaria y periodística se mezcla con su pasión docente. Eloy forma parte del staff de una de las más importantes escuelas de periodismo de habla hispana, la Fundación Nuevo Periodismo, que preside Gabriel García Márquez. Asimismo, es Director del Programa de Estudios Latinoamericanos de la Rutgers University en New Jersey, Estados Unidos, y es colaborador habitual de *The New York Times*, *La Nación* y *El País* de España.

La cita es en la Facultad de Periodismo y Comunicación Social de La Plata. La expectativa, mucha. Como cada año, se entrega el Premio Rodolfo Walsh; una distinción institucionalizada ya entre quienes ejercen el periodismo.

Juan Gelman, Jorge Lanata, Víctor H. Morales, Joaquín Morales Solá, Ignacio Ramonet, entre otros, han sido merecedores del premio por su trayectoria y labor. Este año, le toca a él y también a sus pares Alejandro Apo y Adolfo Castelo. Pero aquí haremos hincapié en el periodista y escritor, al amigo de Rodolfo Walsh y Gabriel García Márquez, al colaborador habitual de *The New York Times*, *La Nación* y *El País* (España), al merecedor del Premio Alfaguara 2002, al novelista que sorprendió con *Santa Evita* y *La novela de Perón*... Sí, a Tomás Eloy Martínez. El mismo.

La sala está repleta. Profesores, alumnos, medios de comunicación, literatos; todos se han reunido para verlo y escucharlo. “El galardón es el reconocimiento que Rodolfo me hubiera querido dar”, dice. Los aplausos no tardan en llegar y Tomás, vestido de sobrio negro, deja entrever su emoción.

“El periodismo de los 60 y los 70 era un periodismo de mayor entrega que el de ahora. Hoy está más ligado a los valores de la empresa que a los de la profesión propiamente dicha. Por aquellos días, nos comprometíamos con la realidad o quedábamos afuera”.

Eloy Martínez observa atento las caras que lo miran con asombro. Al mismo tiempo, el locutor del evento enumera las obras que tantos años de investigación le sumó. Nuevamente la ovación de los presentes se amplifica en el salón de actos y el escritor toma la palabra.

“El rol de periodista es el de ser un servidor de la comunidad, ser un testigo. En los

últimos años ha asumido el rol de fiscal a través del cual denuncia la corrupción. En realidad, debe dar testimonio pero no participar del poder; el periodismo que se compromete con cualquier forma del poder, a la larga o a la corta, se corrompe, porque está obligado a conceder lo que éste le exige”.

Pese a que hay más de doscientas personas, el silencio que reina marca el respeto que Tomás emana. El murmullo reaparece cuando cuenta cómo conoció al hombre que lleva el nombre del Premio que hoy lo honra, “Con Rodolfo nos conocimos en un viaje, casualmente a La Plata, en el ómnibus de la Costera Criolla ...”.

Tras la entrega, los discursos, la vorágine de la rueda de prensa, las preguntas de los estudiantes y los autógrafos, Eloy Martínez logra distenderse.

Se despide del conductor del “Noticiero Universitario” y finalmente se sienta en la mesa del bar donde concertamos la charla. Antes de comenzar a hablar “exige” un café... “Lo necesito. Ha sido un día largo”.

“Siéntense tranquilos por aquí”, organiza cordialmente el novelista, quien está acostumbrado a las entrevistas. Se nota cuando responde, cuando repregunta. Cómo no estarlo si grandes personajes del siglo han sido objeto de su avidez y si *Primera Plana* lo ha tenido como editor responsable. A pocos minutos de la conversación, habla sin rodeos, tuteándonos, casi como si fuéramos amigos. Por un momento olvidamos estar hablando con una de las principales plumas que tuvo *La Opinión* en los 70 y con uno de los fundadores del diario *Página12*.

La importancia de contar historias

La era de la información de la que estamos siendo testigos y partícipes y el vertigi-

noso ritmo de nuestras vidas provocan la exigencia de estar informados acerca de lo que sucede en el mundo que nos rodea pero, a la vez, que dispongamos de poco tiempo para hacerlo.

Como consecuencia, los medios de comunicación ha tenido que develar cuáles son hoy los parámetros a través de los cuales establecer un contrato de lectura, de audición o de visión exitoso con su público.

Y ha sido la prensa gráfica la que mayores retos ha tenido que enfrentar. ¿Cómo seducir a un lector que, cuando llega a las páginas del diario, ya se ha informado por la televisión, la radio o Internet?

“El periodismo gráfico ha tenido dos grandes desafíos y adversarios. Primero la TV y la radio, y luego los medios electrónicos, Internet. Las estrategias de los empresarios de la gráfica en general, fueron, por un lado, el tratar de usar las herramientas de los medios con los que estaban compitiendo y hacer más o menos lo mismo. He discutido este tema con los periodistas más sabios de la Argentina, y creen que hay que darle al lector materiales muy visuales, muy bien vestidos y diagramados, y respecto al texto, que sea lo más chiquito posible. Eso está destruyendo, en buena medida, al periodismo gráfico y al circuito de lectores”, expresa tajantemente Eloy Martínez y presenta ejemplos de lo que debería hacerse.

En la actualidad, *The New York Times*, *Los Angeles Times*, *The Washington Post* en los Estados Unidos, *Liberation* en Francia; de algún modo menor, *La Repubblica* en Italia; de una forma ligeramente diferente, *El País* en Madrid, *Der Welt* en Alemania y el *Manchester Guardian* y *The Independent* en Inglaterra¹, están trabajando sobre el periodismo narrativo. Es decir, han vuelto a lo que

era el periodismo en el siglo XIX. Cuentan la noticia, la relatan, usan la palabra como el verdadero instrumento para transmitir sensaciones, emociones, experiencias. “Puedo mirar un partido de fútbol, y si el diario me lo cuenta como si pudiera vivirlo una vez más, lo leo con muchísimo más interés”.

Sin embargo, y si bien el recurso es válido para atraer al lector, el problema reside en qué estrategias o técnicas son necesarias para lograrlo.

En este sentido, Eloy es honesto. “Por un lado es difícil hacer este tipo de periodismo. Hay que saber narrar y disponer de un equipo enorme de investigadores que apuntalen la narración. Asimismo, es muy caro y requiere de una alta dosis de riesgo”.

“Los diarios del siglo XXI prevalecerán con igual o mayor fuerza que ahora si encuentran ese difícil equilibrio entre ofrecer a sus lectores informaciones que respondan a las seis preguntas básicas e incluyan además, todos los antecedentes y el contexto que esas informaciones necesitan para ser entendidas sin problemas, pero también, sobre todo, un puñado de historias, seis, siete o diez historias en la edición de cada día, contadas por cronistas que también sean eficaces narradores”².

“Recuerdo que hace nueve o diez años, cuando *The New York Times* empezó a hacer este tipo de cosas, fui a una reunión a la casa de Michael Wood -escritor de *The New Yorker*- y me encontré con gente como Paul Auster, Arthur Miller; un grupo de gente muy inteligente que se quejaba del diario *The New York Times* y decía: ‘los diarios se están convirtiendo en revistas’, ‘no nos gusta, no nos acostumbramos’”.

The New York Times, por aquel entonces, bajó el nivel de tirada durante mucho tiem-

po, hasta que el público empezó a entender que si el diario cuenta el caso de una sola persona, reconstruye el relato de un solo drama y si ese drama está bien contado, se convierte en el drama de todos. Es el momento en el que ese relato provoca un efecto que sólo puede producir la palabra escrita -el cine a veces- que es la identificación del lector con la información.

“Lo que buscan las narraciones a las que estoy aludiendo es que el lector identifique los destinos ajenos con su propio destino. Que se diga: ‘a mí también puede pasarme esto’”³.

Entre la literatura y el periodismo

Siempre se ha pensado que el periodismo y la literatura transitan por caminos diferentes y con fines distantes.

En ese sentido, Gabriel García Márquez, novelista de profesión y periodista autodidacta, ha sostenido con vehemencia que el periodismo escrito es un género literario que debe mantenerse como tal. “Por la escueta narración se llega más al corazón de los lectores” y eso es sólo posible a través de los recursos literarios⁴.

La idea de Tomás Eloy no dista demasiado de la de su amigo y colega.

Finalmente, el mozo le ha servido su “ansiado” café. Dos terrones de azúcar son suficientes. El aroma del humeante líquido se impregna en la charla.

La discusión se profundiza. Por supuesto, no se trata de narrar por narrar. “El periodismo es un oficio extremadamente sensible, donde la más ligera falsedad, la más ligera desviación, pueden hacer pedazos la confianza que se ha ido creando en el lector durante años”⁵.

La duda reside entonces, en cómo hace el periodista para combinar las técnicas de la literatura y a la vez, hacer sus crónicas creíbles y si en realidad, hay cronistas capaces de contar estas historias a las que el autor de *Santa Evita* alude.

“En la medida que los medios empiecen a trabajar hacia este horizonte, hay que formar periodistas en esta dirección. Pero hay que ver desde qué punto de partida empresarial se arranca. En mi caso, parto de saber que cada vez va a haber menos lectores de diarios. Sé que el trabajo que propongo es muy arduo; es una labor de chequeo, de aporte de información, de investigación, que tiene costos muy altos de producción. Creo que si hay poco material de lectura, la gente prefiere ver televisión. Por eso mismo, el error del periodismo gráfico es haber renunciado a su herramienta sustancial que es la palabra, la propiedad de narrar, la capacidad de comunicar.

“Hoy por hoy, el diario trabaja mucho con la información, que tiene que ser la prioridad, con el espacio y con el tiempo. Y estas son las dos grandes batallas que debe lidiar el periodismo narrativo. Pero cuando les expongo estos argumentos a gente que es dueña de medios -les hablo de *El País*, de *Clarín*, de *La Nación*- me dicen ‘tenés razón’. Yo les pregunto entonces, ‘¿por qué no lo ponés en práctica?’. Su respuesta es: ‘el riesgo económico’...”

El autor de *La novela de Perón*, una de las historias periodístico-ficcionales más vendidas y traducida a varios idiomas, es además, docente de literatura y dicta cursos de periodismo en la Fundación Nuevo Periodismo, presidida por García Márquez. “En realidad, es una trampa porque se les exige a los alumnos que sepan narrar; no aceptamos a

quienes no sepan narrar de antemano. El periodismo narrativo requiere por un lado, formar estudiantes desde sus academias pero también, tiempo para preparar al lector. Tiempo para educar a la redacción, tiempo para la producción de ese material”.

Según Eloy Martínez, los dueños de medios en la Argentina, y en el contexto de una economía con vaivenes constantes, tienen miedo a que la pérdida económica sea muy grande y que la recuperación sea mucho más lenta. En cierta manera, no confían en la inteligencia del lector argentino y cada vez hay menos lectores porque los diarios son malos.

Tomás Eloy Martínez empezó a escribir cuentos cortos cuando apenas había cumplido los nueve años. A los catorce, un premio de poesía inauguró una lista que, décadas más tarde, llenó con reconocimientos por *La pasión según Trelew* y más recientemente, con el éxito de *El vuelo de la Reina*.

La adolescencia lo sorprendió estudiando Derecho “hasta que un día descubrí que lo que me gustaba era la literatura y le dije a mi papá: ‘Mirá: me paso de carrera’. Mi padre reaccionó: ‘No, la literatura es una carrera de maricones’. Entonces le dije: ‘No importa, la quiero hacer’; él sentenció: ‘No te pago más de cinco años en total; ya perdiste tres en Derecho, tenés que hacer en dos lo que te reste’. Y así lo hice. Rapidísimo”.

Dice “tocar de oído” en el periodismo pero no hace diferencias entre el oficio periodístico y la narrativa literaria; considera que ambas “son disciplinas valiosas y con límites muy estrechos”. Sin embargo, Tomás inmediatamente confiesa: “cuando escribo novelas y presento mis libros, soy un escritor”.

“Tanto el periodismo como la literatura son disciplinas equivalentes; igualmente rele-

vantes la una o la otra. Siempre digo que hay que rescatar cómo se expresaba la gran literatura del siglo XIX. En aquellos tiempos, se manifestaba a través de la parte interior de los diarios, en versiones de folletines. Autores de la talla de Dickens, Dostoievski, Balzac, publicaban sus escritos y se confundían con las noticias. Además, en todos esos casos, eran trabajos de investigación muy serios. Dickens por ejemplo, para escribir *Nicholas Nickleby* -una especie de denuncia sobre el régimen atroz que se imponía en las escuelas de Inglaterra-, fingió ser el padre de un futuro estudiante, fue a investigar y, sobre la base de esa investigación, escribió luego una novela”.

“En la literatura se trabajaba de ese modo y así continúa siendo actualmente. Lo que pasa es que esa jerarquización de considerar al periodismo un arte menor frente a la literatura fue impuesta y sostenida por los Profesores de Letras que todo lo compartimentan; pero no debe haber una sobrevaloración entre una cosa y la otra”.

Más allá de las similitudes, también es cierto que los lenguajes que las dos disciplinas manejan presentan sus diferencias. El periodismo tiene un lenguaje y ese lenguaje es el de la certeza; mientras que el de la literatura es el lenguaje de la ambigüedad, de la elusión y de la duda. Eso no quiere decir que la certidumbre esté subordinada a la duda. “Uno de los grandes novelistas argentinos, Roberto Arlt -nadie dudará de eso-, en los años 30, escribía las famosas *Aguafuertes* y lograba que en una población de catorce millones de habitantes, se vendieran un millón de diarios por día. Ese mismo tipo fue el que después escribió grandes novelas de la literatura argentina”.

“Recuerdo que en 1949, leí una de las tantas ‘historias de la literatura argentina’. En

esa historia encontré 40 páginas dedicadas a Eduardo Mallea -quien poca gente recuerda hoy- y 4 líneas dedicadas a Roberto Arlt, en las que se decía: ‘Arlt hizo un periodismo para multitudes, un periodismo popular; sus novelas adolecen de esas flaquezas y no merece de mayor mención’. Punto... Los tiempos cambian, las modas cambian. Yo uso la palabra literatura en todo el sentido de la palabra y la crónica es uno de los grandes géneros de América Latina”.

Sin salida

La charla casi va llegando a su fin. En pocos minutos más, debe volver a su casa del barrio de San Telmo, en Buenos Aires. Ha sido un día largo pero lleno de emociones para Tomás Eloy Martínez.

Tras hablar una hora con el escritor y analizando sus dichos, parece que las opciones de los diarios por fuera del periodismo narrativo, son pocas.

“Creo que van a quedar pocos grandes diarios, muy pocos. Pienso que va a haber un proceso muy lento de disminución de lectores, porque los lectores se van a ir a Internet o a la televisión y los diarios que no se adecuen al periodismo narrativo están condenados a morir. En tanto, los otros, los que narren literariamente, van a sobrevivir, se van a fortalecer y van a quedar como referentes. Ese será el diario que apunte al sector ilustrado e influyente de la comunidad.

“Soy un tipo de izquierda pero esta teoría es una teoría de derecha; es la idea que tenía antes el neoliberalismo sobre la distribución de la riqueza. La distribución de la riqueza hay que acumularla en manos de unos pocos para que luego, se derrame y abarque al grueso de la sociedad. El problema ha sido

que no se tuvo en cuenta con que esos pocos eran avaros y se quedaban con toda la riqueza. En este sentido, en el orden intelectual, hay más generosidad. Se apunta a una mayor posibilidad de influencia sobre los sectores dirigentes de la sociedad (empresarios, políticos, intelectuales). En este contexto, los medios adquieren un papel de relevancia y la influencia es mayor porque el poder les presta mucha más atención. Por otro lado, porque el proceso de educación se vuelve más voluntario, deliberado y todo el mundo quiere estar en esa movida”.

Los grabadores se apagan. La extensa jornada termina para Tomás Eloy Martínez en un bar alejado del centro platense. Por fin, en su reloj de agujas, son las tres de la tarde. Sin cámaras, sin periodistas merodeando ni fotógrafos o fanáticos a la caza de autógrafos en solapas de ediciones de *Santa Evita*, se despidió con amabilidad. Toma su saco negro, gira la cabeza hacia la puerta de salida y allí está ella. El novelista, del brazo de su mujer, finalmente, se pierde de la vista de todos.

¹ Todos estos diarios fueron nombrados como “modelo” por el escritor Tomás Eloy Martínez en su estrategia de escritura -la de “contar historias”- en sus páginas.

² MARTINEZ, Tomás Eloy. “El periodismo vuelve a contar historias” en *Diario La Nación*, 21/11/20001, Buenos Aires, Argentina.

³ Idem nota 2.

⁴ Palabras del discurso de Gabriel García Márquez ante la 52° Asamblea de la Sociedad Interamericana de Prensa, SIP, en Los Ángeles, California, en 1996, bajo el título de “El mejor oficio del mundo”.

⁵ Idem nota 2.